

ANDER

Paseo por la Ciudad: Desde Bilbao a Santurce

GURRUTXAGA ABAD

1. *Introducción: El enigma de la ciudad*

El hombre o la mujer de la Grecia Antigua eran capaces de emplear sus ojos para ver las complejidades de la vida. Los templos, los mercados, los campos de juego, los lugares de reunión, las murallas, las estatuas públicas, así como las pinturas de la ciudad antigua, representaban los valores culturales de la religión, la política y la vida familiar. Sería harto difícil precisar a donde hemos de dirigirnos en las ciudades actuales si quisiéramos recrear los espacios sagrados que denotan los valores de nuestra cultura. Hacia donde dirigir la mirada es siempre la escritura —en ocasiones ágrafa— del deseo de encontrar y encontrarse, de mirar para ver y de ver para vivir. Lo que ocurre es que nuestras ciudades no están ordenadas siguiendo un orden simbólico, ni tan siquiera un orden social que permitiera jerarquizarlas con facilidad o acudir a los lugares donde se celebra lo que es la ciudad; ¿cuál es su esencia? ¿cuál su identidad? La respuesta es la adjetivación de aquello que miramos; las denominaciones más al uso se citan por su cualificación productiva —industrial, de servicios—; por su tiempo de construcción —ciudad vieja-ciudad nueva— etc.

La ciudad no se recrea tanto por su simbolismo sino por su función, es como si el pragmatismo de la función articulara el caótico orden urbano,



BADOSA,
«Sua eta elurra» («Nieve y fuego»), 2004,
120 × 280, técnica mixta sobre lienzo.

encontrando el sentido de la ciudad en la funcionalidad de sus actividades; los símbolos dan paso a las funciones e incluso los símbolos ciudadanos, cuando se erigen como tales, son símbolos funcionales; por eso la mirada sobre la ciudad sigue el camino que le traza la funcionalidad de su planificación.

No es extraño que la ciudad inscriba sus genes en la historia y que ésta delimite con esmerada precisión el devenir de la primera. La ciudad es un gran receptáculo vivo donde todo se inscribe, donde los sedimentos de la socialidad escriben sobre la piedra los avatares de su devenir. Por eso la mirada sobre la ciudad es una mirada interesada, inscrita en el álbum que la historia ha labrado y que pone a nuestra disposición para que con calma y actitud incisiva lo miremos, capturemos lo que de él interesa y nos deshagamos de aquello que resulta menos atractivo. Los viajes a través de la ciudad no son sino recorridos por la historia y por la estructura genética que nos habla de su pasado, de su presente y de su futuro.

Lo que pretendo exponerlos en este artículo es un viaje, diría más es el deseo de ir a una ciudad en transformación, a una conurbación urbana que destila cambio, que recoge todo lo que la historia ha exprimido y lo convierte en imágenes que sólo se captan desde el uso de una paradoja; es, por una parte, el peso de la historia que aparece en todas las esquinas y es, a la vez, el deseo de «olvidar» la historia, de pasar página sabiendo que la historia no puede borrarse y que el libro que con ella se escribe sólo puede interpretarse cuando se comprende el juego presente de la tradición. Esto, diría, es hoy el habitat que forma Bilbao-capital y la

margen izquierda del Nervión. Por eso, el viaje describe un trayecto donde se concentra el pasado, el presente y se quiere describir y escribir sobre el futuro. Mi propuesta les propone que me acompañen en un viaje que transita entre Bilbao y Santurce, que ve, lee e interpreta el continuum urbano, que sale al paso, que se da cuenta del peso inexorable de la historia pero que sabe que no se puede saber nada del significado de lo que los ojos ven sin recrear el profundo sentido de la tradición. El viaje que propongo a lo largo de estas páginas reconoce que tradición y modernidad no pueden comprenderse de manera separada, que ambas están atrapadas por el peso de la historia y que ésta marca con su huella indeleble el sentido del futuro de esta comarca.

2. *Al encuentro de Bilbao*

Un sábado a la mañana encaminamos nuestros pasos al encuentro con la historia cuando nos propusimos caminar desde Bilbao a Santurce. Queríamos conocer una zona urbana que está transformándose, para algunos de nosotros era un recorrido inédito y, sobre todo, queríamos ser partícipes, observando el espectáculo de la transformación urbana e industrial que está teniendo lugar en la margen izquierda de la ría del Nervión —cuna, santo y seña de la conurbación industrial—.

El inicio de nuestro paseo es la iglesia de San Antón en la parte vieja de la ciudad de Bilbao, al lado mismo de la ría y del popular mercado de La Ribera. No es éste un espacio elegido al azar, sino que es el espacio donde en pocos metros se puede contemplar los signos de la ciudad tradicional; la iglesia; el mercado; la ría —símbolo y matriz de lo urbano, de su tradición y de su modernidad, de su riqueza y de sus peligros— y la casa —el hogar—el receptáculo social, humano donde se recoge y reproduce la tradición y los signos y los símbolos del lugar.

Siguiendo la margen de la ría en su sentido descendente —hacia su desembocadura en el mar— llegamos al puente del Arenal. Es ésta la vía de conexión entre la ciudad nueva y la ciudad vieja, entre la ciudad antigua y el Ensanche, entre la tradición y la modernidad, es, dicho de otra manera, la vía de entrada a las raíces del Bilbao tradicional —Las Siete Calles— y la vía de salida hacia el Ensanche —el Bilbao moderno y lustroso que exhibe con orgullo los signos de los nuevos poderes económicos-bancos, compañías de seguros, oficinas de la red de servicios que toda capital de provincia debe proclamar, grandes almacenes, exhibición de luces y colores, residencia de los lugares de representación público-política—, pero también lugar de residencia de las elites urbanas, muchas procedentes y extraídas de las clases medias profesionales, que

exhiben con orgullo su habitat, se identifican con él y se definen como procedentes de un lugar. Ese lugar es el hogar, es decir, «el lugar del que procedo y al que voy a regresar».

Saliendo del puente del Arenal por la calle Ripa divisamos enseguida, con la ría ¡por supuesto! de compañera fiel, el signo del nuevo prestigio bilbaíno; el museo Guggenheim. Es éste el producto de una casualidad y de la ambición de la nueva clase política autonómica que quiso reconocerse en él, como si sólo la construcción de su edificio justificara la acción política y las inversiones realizadas, o como si detrás del museo más «famoso» de la ciudad estuviera ¡nada más y nada menos! que el orgullo bilbaíno.

El museo encumbró a su arquitecto; F. Gerhy, a la Fundación norteamericana que le cede su nombre —Guggenheim— y colocó a Bilbao en la cartografía del mundo del espectáculo pictórico. La llamada del espacio museístico fue escuchada por muchos ciudadanos de medio mundo que identificaron a Bilbao con el Guggenheim y a Bilbao con la modernidad.

Pero Bilbao, no lo olvidemos, exhibe otros muchos galones; es la ciudad industrial por excelencia, no sólo del País Vasco sino del resto de España. Aquí nació la industria del hierro, la industria naval, la banca, los seguros, el movimiento nacionalista vasco y el movimiento obrero. Aquí, alrededor del entramado productivo minero, dio sus primeros pasos el Partido Socialista, el Partido Nacionalista Vasco y después el Partido Comunista, aquí se dieron las mayores huelgas del proceso industrial, aquí, en una palabra, nació la modernidad.

Bilbao es una ciudad que desde la conservación de la tradición construye la modernidad en poco más de cincuenta años (1870-1920), pero Bilbao es, sobre todo, vida urbana. Escribir en estos términos supone comprender lo que significa el caos en la ciudad, la desorganización, los barrios periféricos que miran, cuando no amenazan al centro de la villa o el choque de culturas. Aquí nacieron algunos de los ideólogos del fascismo español, bilbaínos fueron Rafael Sanchez Mazas, Bastida, etc. Antes se había creado el nacionalismo vasco —Sabino Arana era de Bilbao—. Facundo Perezagua —animador socialista y posteriormente fundador del Partido Comunista—, hizo su carrera política en Bilbao y en la zona minera de esta comarca.

Lo que quiero indicar con estos breves apuntes es que Bilbao, a poco que se rastree y se mire en sus entrañas aparece con todo su dramatismo como una ciudad moderna, diría más como una ciudad exultante de modernidad. Es, en consecuencia, una ciudad dramática que cuando quiere

olvidar su historia no puede y cada vez que lo intenta debe recuperar el dramatismo de su identidad urbana.

El espacio lúdico que ocupa el Guggenheim fue antes un espacio industrial, allí al lado mismo de los terrenos que hoy ocupa la pinacoteca estuvo enclavado el Astillero Euskalduna. El Guggenheim nace en este territorio industrial, se ubica en tierra «sagrada», en el espacio dominado y defendido por el tiempo, en un terreno que le ignora y que no le hace suyo y que insistentemente le recuerda dónde está; en tierra industrial. Por eso, el Guggenheim debe forzar su presencia y provocar el olvido del simbolismo del solar que le ha visto crecer; la bancada industrial y naval.

La desaparición que contemplamos en cada paso que damos de la industria siderúrgica, de la industria naval, etc, no hace sino recordarnos lo que hemos sido y de cómo el ser colectivo —la identidad— recoloca nuestras aspiraciones en éste, nuestro pasado. La desaparición de los signos y de los símbolos de Bilbao no significa el olvido de éstos sino su recreación desde la simbolización de la historia pasada. Es esta operación la que permite recordar que la industria es cultura y que como tal penetra, invade las «costras» de la sociedad bilbaína.

La ría —el Nervión— cita permanente de nuestro viaje, es probablemente, a efectos simbólicos, el recuerdo vivo, imperecedero de lo que es Bilbao. No es extraño que cualquier intento por olvidar, aunque a mí me gusta más emplear la palabra ocultar, el pasado y el presente de lo que Bilbao fue y es ponga «sobre aviso» a los ciudadanos de la villa.

Bilbao es complejidad, es la historia viva del choque entre la tradición y la modernidad, es la ciudad de los contrastes, es la ciudad donde pueden verse las cicatrices de las consecuencias de los procesos sociales y económicos que enturbian nuestra paz social en los últimos ciento veinticinco años.

Tengo la impresión que el Guggenheim, colgado sobre la ría, es algo sobreimpuesto a la ciudad, es una «operación de marketing», no creo que Bilbao estuviera necesitada de cirugía de modernidad porque si algo le sobra a Bilbao es modernidad. Es como si estuviéramos delante del intento de suspender en el aire, en un nuevo ciclo posthistórico, las tendencias que el futuro presenta a los ojos de los bilbaínos. Otra cosa, y este hecho sí puede ser objeto de debate social, es que Bilbao, por sí sola, quizá no hubiese sido capaz de desentrañar con sus fuerzas lo que quería hacer con su futuro

El Guggenheim es un éxito comercial, es un éxito mercantil, que poco tiene que ver con el Bilbao moderno, cosa distinta es que al pragmatismo

mercantil de los bilbaínos les interese porque puede ser fuente de divisas y ganancias. Pero, tengo dudas sobre que la ostentación del Guggenheim se pueda reclamar como el triunfo de Bilbao, creo que es más bien el éxito de un islote, de un fragmento de la mercantilización globalizada del arte, es como si a los bilbaínos se les dijera; «coloquemos ahí esa franquicia y a ver qué pasa». Lo que ha pasado es que el ocio artístico y las clases medias, que acostumbran a tomar las ciudades con pedigrí los fines de semana, hayan visto en el Guggenheim, y no tanto en Bilbao, uno de sus destinos para seguir siendo «diferentes», reproduciendo el orden de la simulación y poder de esta manera contar el lunes laboral su «último descubrimiento» de la sociedad del ocio globalizado.

Con Olabeaga y la península de Zorrozaurre en el horizonte inmediato, reemprendo el camino pensando que el redescubrimiento que hay que hacer sobre lo que hoy es la ciudad de Bilbao no lo vamos a encontrar ni en el Guggenheim ni en la representación que de él se hace, sino en la ría y en la periferia de ese centro que tanto se enorgullece de ser lo que es. En Bilbao lo que queda son las huellas de los dinosaurios de la industria, del sufrimiento acumulado y de los costes que tiene la modernidad. Por eso, amigos míos, su paisaje es tan complejo, es tan difícil de captar y por eso el Guggenheim no es sino un subterfugio comercial, un «añadido» para una ciudad que lo aprecia porque le aporta clientes pero que no le añada nada a su ser. Bilbao está en la historia, el Guggenheim en los flujos mercantiles de la globalización artística. Bilbao no se mira en el icono museístico sino que lo vende, la han querido convertir en ciudad franquicia y ha demostrado que también vale para eso.

Nuestro camino desemboca en la entrada del Museo Marítimo, donde se exhibe aquello que ha dejado de ser útil para la vida cotidiana, aunque forme parte de la vida cotidiana, pero no deja de ser significativo que su pérdida de funcionalidad o su superación tecnológica haya dado «con sus huesos de metal» en un museo. Pero claro, Bilbao mantiene un idilio con su ría y el museo —esa institución desmitificadora— exhibe el resultado del matrimonio; barcos, tecnología marítima, historia en una palabra, se exhibe en un intento de atarse al mundo y a lo que somos, en un nuevo ejercicio de recreación de la memoria y de encuentro con la historia, demostrando que los museos también exhiben identidad.

3. Los destinos de Olabeaga

Caminando sin cesar y guiado por el afán de encontrar nuevos matices a la ría, penetro en ese espacio urbano que encerrado en sí mismo se denomina Olabeaga. Está el suelo de este barrio protegido por cuatro

murallas que lo contemplan desde la distancia cercana y le mantienen encerrado en sus fronteras naturales; la ría y la ciudad.

Es Olabeaga, ciertamente, otro Bilbao; tan cerca, pero tan lejos del glamour del Guggenheim; tan lejos, aunque pueda tocarlo con los dedos, del hotel Sheraton; tan lejos, pero tan cerca del Sagrado Corazón; al lado, aunque lo sienta y no lo vea, de San Mamés —la Catedral—. En este barrio descubro uno de los misterios del viaje que he iniciado una hora antes; ¿cómo se puede estar tan cerca de todo y tan lejos de casi todo?, ¿cómo sólo mirando hacia fuera puede terminar encontrándose el lugar, «su» lugar en el barrio?, ¿por qué es el vecindario la unidad que absorbe sentido?, ¿cómo produce éste la identidad sin casi ser consciente de que lo está haciendo? Pero ante los misterios sólo cabe rendirse y descubrir que así es la ciudad, tan cerca y tan lejos, tan inmediata y tan lejana.



BADOSA,
«Asamblea» en la zona industrial de la Ría,
1980, 61 × 50, óleo sobre lienzo.

Olabeaga es el producto de una historia que se inició en los albores del siglo XIX, que no termina de cerrarse, que está abierta, donde la ciudad de Bilbao tiene un lugar preferente, pero donde la vecindad es consciente de lo que es, destila personalidad y el barrio no es un enclave residencial, sino un enclave de vida. Encerrado sobre sí mismo, este barrio sólo puede mirar hacia adentro, atrapado como está entre la autovía, que le construye su cielo, la antigua carretera de entrada y salida de la ciudad que le señala el sur y las vías del ferrocarril que le recuerdan que las fronteras no sólo separan pueblos y naciones. Sólo el ciudadano que mira hacia adentro, hacia su barrio, y la ría rompen la frontera. Una vez más, la ría omnipresente ofrece la salida, ofrece el viaje, la huida si fuera necesaria.

Al otro lado de la margen izquierda por la que caminamos está la península de Zorrozaurre. Es este lugar un núcleo histórico, es una zona industrial y hoy está casi en la lista de espera de otros afanes urbanísticos que especulan con la ciudad, la transforman y la «modernizan». Pienso, mirando a los antiguos apeaderos fluviales y los descargaderos de mineral, que no sé muy bien para qué querrán modernizar Zorrozaurre, qué afanes esconderá y ¿por qué no se redecora, en vez de desconstruirlo? Será, quizá, ¿que las clases medias bilbaínas se han cansado de un paisaje urbano que casi desconocen y quieren que Bilbao sea una ciudad moderna? Valiente paradoja; de la modernidad para la modernidad, a través del ojo del arquitecto y de la transformación urbana.

4. Zorroza y Bilbao

La carretera continúa casi en línea recta y ya a lo lejos se atisba el barrio de Zorroza. Es este barrio un viejo bastión de Bilbao en la frontera con Burceña-Barakaldo. Es un enclave de población donde lo más antiguo de él está adosado a la ría y a lo que queda de lo que fue en otros tiempos un pujante puerto marítimo, enclavado en La Punta. Hoy está dominado por industrias, algunas de ellas abandonadas —como la antigua Jabonera— en espera de recibir el título honorífico de monumento del numeroso parque de arqueología industrial que el recorrido por la ría permite ver y contemplar. Las industrias que resisten conviven en un reducido espacio con una pequeña población, mayoritariamente de etnia gitana, y con un campo de fútbol, enclavado en lo que en otros tiempos fue una base militar que, en la década de los ochenta, decidió cambiar de destino y abandonar Zorroza.

Para llegar al núcleo central de población hay que atravesar la carretera principal que conecta Bilbao con los municipios de la margen izquierda —Barakaldo, Sestao, Portugaleta y Santurce—. Allí las hileras de casas

se abren hacia el cielo, unas chocan con las nubes y otras escalan colina arriba, intentando colonizar espacio arrebatado a la montaña. Tierra de inmigrantes que llegaron a este lugar en la década de los sesenta en busca de trabajo y fortuna y hoy componen el núcleo principal de este barrio. Aparentemente Zorroza es una de las periferias de Bilbao, aunque de hecho cuesta reconocer que sea un barrio de la ciudad de Bilbao, quizá porque la cercanía al núcleo duro de la margen izquierda; Baracaldo y Sestao, le ha acabado convenciendo que mejor se mira en ellos y no dirige la vista hacia la capital. No obstante, es Bilbao, pertenece a Bilbao. Pero ese carácter de periferia, de lejanía relativa del centro urbano principal, provoca que el barrio haya ido tomando un carácter de ser pero no de pertenecer; de estar en Bilbao, pero de no ser Bilbao. Quizá porque como me explicaban unos vecinos de este enclave, con esa economía de palabras tan querida en este barrio: «Zorroza es Zorroza» ¿Será, lo que estos vecinos me decían, un principio de independencia? O quizá es que para ellos la independencia no es necesaria porque, ¿ya son independientes?

Zorroza recuerda a cualquier población urbana de nuestras grandes urbes; sin solución de continuidad las calles suceden a las casas y las casas a las calles; la carretera principal recuerda cuál es la vía de entrada y cuál la de salida, sólo la cercanía de la ría nos acerca la imagen de que es un barrio ribereño, por más que ni la una ni el otro se miren como si el segundo —el barrio— se hubiera constituido sobre dos historias paralelas, se ha alejado de la ría para ser él mismo, pero no ha podido tomar la distancia suficiente para olvidar sus orígenes ribereños. Por eso no deja de ser bastante ficticia la imagen y la fama que arrastra este enclave bilbaíno de que nunca la ría y el barrio han querido encontrarse, como si la ría renegara del barrio y como si éste en venganza hubiera decidido vivir de espaldas al agua.

Uno se encamina con sus pensamientos, abandonando por momentos la ribera del Nervión, hacia el puente de Burceña —frontera de Bilbao con Barakaldo— preguntándose ¿dónde queda Bilbao para Zorroza? o ¿qué hay de Bilbao en Zorroza? ¿Será que la «traición» a la ría le condena a vivir mirando a la carretera?

5. Las periferias de Barakaldo

Ahora es la carretera que divide a Zorroza la que nos indica la dirección a seguir, entramos en Baracaldo a través del puente de Burceña, erigido en honor del río Cadagua. Estamos, como ocurría con la visita al barrio anterior, en la periferia de Baracaldo. Entramos en los territorios de lo que

los urbanistas denominan una periferia consolidada. La mirada de este caminante no sabe bien donde detenerse, donde parar la vista para describir lo que hoy es Burceña.

Burceña es la presencia de la industria —Mebusa, Gruber...—, perviven también antiguos caseríos que se niegan a la reconversión o, mejor aún, a su desaparición. La convivencia del caserío con la industria nos recuerda que nada de la margen izquierda del Nervión ha quedado fuera del «furor» urbano, de las construcciones aceleradas, de la prisa por ocupar cualquier milímetro de suelo urbanizable y que sólo las pequeñas plazas y los frecuentes bares nos recuerdan y nos hablan de qué es la socialidad; una socialidad en todo caso encorsetada en un espacio urbano constreñido y dominado por fábricas y casas. Comentaba con algunos vecinos que igual es mejor no empeñarse en sentar a los escolares en las aulas para explicarles lo que es el fenómeno urbano y los efectos de la industria y traerlos aquí, que vean, que toquen la ciudad. El paseo por este barrio debiera servirnos para captar las esencias de cómo se elabora y cómo se crea una de las posibilidades de construcción de lo urbano, cómo impacta la ciudad sobre los núcleos de población, cómo desaparecen las áreas rurales, por qué los caseríos de antigua planta no tienen sitio en este precipitado urbano.

El dinamismo urbano no se ha detenido, pasear por su calle permite ver cómo aquí y allá se han levantado edificaciones nuevas, algunas de cierta calidad y de buen gusto, otras adosadas materialmente a la carretera principal que la atraviesan. Las hay que insisten en instalarse a la entrada de la fábrica, como si de ellas dependiese la subsistencia de la empresa o el control de calidad de los productos industriales.

Que lejos queda Burceña del viejo sueño de los urbanistas ingleses del siglo XIX o las desesperadas llamadas de atención del locuaz Howard cuando quería rehabilitar la ciudad moderna con sus ideas sobre la ciudad jardín. En Burceña tampoco se habla de Le Corbusier, no hay lugar, por supuesto, para el art déco. El modernismo o el racionalismo no tienen cabida en sus calles. Por sus calles no transitó Ildelfonso Cerdá, el barón Haussman u otros constructores de ciudades, las vanguardias se olvidaron de este pedazo de tierra y sólo la huella de sus habitantes recuerda lo que es vivir en la ciudad.

Quizá sea la «maldición» urbana la que nos impide atisbar algo más de seis árboles, ningún jardín y sí la hegemonía del urbanismo que une y que destruye. Ambos procesos los desarrolla a la vez, con igual pasión y con similar constancia. Creemos en nuestro paseo haber encontrado una tarea para los héroes que en el mundo son; rescatar el urbanismo de las garras

de la especulación urbana, conceder a las ciudades la posibilidad del encuentro en la calle y en la humanización de los entornos urbanos.

Abandonamos esta población siguiendo la dirección que nos marca la acera que sirve a la carretera comarcal que se dirige hacia Lutzana. Es éste un viejo barrio baracaldés, atrapado entre fábricas, empresas químicas y viejos talleres. Es, como el resto de la periferia baracaldesa, de fuerte personalidad. Sus moradores se acostumbraron a vivir alejados de la administración municipal y tuvieron que suplir la falta de atención de la administración municipal con la solidaridad. Nació así una sociedad civil que fue un «sindicato de ayuda mutua», basado en el conocimiento personal de las gentes y en las relaciones cara a cara. Por eso, Lutzana no es sólo un barrio de Baracaldo; es una sociedad civil que se presta a ser administrada desde el bastión municipal, pero sin creerse demasiado que ellos sean otra cosa que «de Lutzana».

Casas, calles y fábricas discuten permanentemente sobre quién domina a quién. Incluso en ocasiones, las discusiones —recordemos los conflictos con Sefanitro a finales de la década de los años setenta— desbordaron las previsiones y se transformaron en conflictos de gran calado y de manejo improbable. Lutzana, vista de lejos, parece estar adosada a la empresa Sefanitro —fabricante de amoníaco y fertilizantes—. Todo el barrio se ha tenido que dotar de una pitutaria especial y de una paciencia infinita. Cuando la contaminación no figuraba en los manuales de economía como coste medioambiental y cuando el desarrollo sostenible o la gestión del medio ambiente eran opciones desconocidas, Lutzana ya conocía, lo sabía por experiencia, lo que era trabajar para conseguir un mundo sin contaminación ambiental o como se podía soñar pero no vivir sin estar adosado a la fábrica.

La decencia de los distintas administraciones municipales democráticas se nota hoy en las calles de este enclave baracaldés, por más que a todos estos núcleos urbanos les ocurre que, en general, han tenido que acostumbrarse a un urbanismo defensivo que les ha permitido adecentar la infraestructura urbana, pero que les ha impedido modificar estructuralmente núcleos urbanos tan hechos, tan desarrollados, donde la lucha por el espacio no sólo era/es norma de supervivencia sino la expresión de una forma de vida ciudadana. El minimalismo de las previsiones y de la planificación urbana ha sentado cátedra y fortuna en estas tierras, de tal forma que si alguien quiere estudiar cómo se puede vivir solidariamente entre casas, calles y fábricas, Lutzana es un buen laboratorio.

Abandonamos Lutzana, siguiendo la línea que marca la desembocadura de la ría. Nos volvemos a encontrar con el agua después de dos

kilómetros de abandonarla, la perdimos en Zorroza y la recuperamos en Baracaldo, justo debajo del descargadero de fertilizantes de Sefanitro y al lado mismo de lo que fue el punto de llegada de los trenes mineros de la Orconera.

Una vez más, la ría se ensancha y se abre como si necesitara más espacio para seguir siendo ella misma. Al otro lado de la margen, Erandio nos mira, por más que el viejo barco —el gasolino— que unía Baracaldo con este vecino haya pasado a mejor vida como medio de comunicación entre ambas márgenes, pero la economía se ha impuesto una vez más a la historia y a las señales de lo que en otros tiempos fue, y hoy parece que ya no puede ser.

El puente de Rontegi hizo el milagro de unir las márgenes de la ría y desde entonces es como si éstas ya no se reclamaran de la división social que distinguía a quienes vivían a uno y a otro lado de la desembocadura del Nervión. La margen derecha fue «ocupada» por las clases medias y la margen izquierda recreó su sentido social para transformarse en núcleo residencial, a poco que el cierre de Altos Hornos y la reconversión de la industria tradicional dictara la reconfiguración de su estructura social. Sólo el valor de la tradición y el recuerdo de su pasado mantuvo vivo el viejo cuadro de lo que la cultura industrial había construido en su recorrido de más de cien años de historia; la Bizkaia obrera, industrial enclavada en la margen izquierda y la Bizkaia residencial de la margen derecha; dicho de otra manera, el «mundo de los ricos» y el «universo de los pobres». La ría mediaba en esta disputa poniendo dificultades al encuentro social de ambos mundos. Cuando éste se hizo posible fue porque, en gran medida, el conflicto se había casi disipado, o cuando la movilidad social de los hijos de la clase trabajadora orientó su acción residencial hacia la ocupación espacial de lo que en otros tiempos habían sido lugares prohibidos en la margen derecha del Nervión.

6. *La transformación de Barakaldo*

Una sucesión de monumentos mineros saludan nuestra llegada a lo que fueron los terrenos donde estuvo enclavado la siderurgia de Altos Hornos de Vizcaya; viejo símbolo de la riqueza y del desarrollo económico, no sólo de la ría y de la zona minera de Bizkaia, sino de todo el País Vasco, industria viva donde las haya que articuló durante casi cien años la vida social, política y económica de toda la margen izquierda.

La sociología descriptiva de las familias baracaldesas se distinguía por dos cosas; por donde trabaja el padre-cabeza de familia. Había, sobre

todo, cuatro opciones; Altos Hornos de Vizcaya, La Naval, La Babcock Wilcox o la General Electrica y donde iban a estudiar los hijos; formación profesional o bachillerato. En el primer caso, había que acudir a la Escuela de Maestría o a las Escuelas de Aprendices que patrocinaban estas grandes empresas y donde las grandes factorías preparaban a sus futuros trabajadores. Los que estudiaban bachillerato iban a los PP. Paúles o a los PP. Salesianos. Las mujeres iban a los diversos colegios de monjas. El Instituto público llegará a finales de la década de los sesenta. En la sociedad civil baracaldesa existía la creencia de que las clases medias profesionales enviaban a sus hijos a los PP. Paúles, mientras que de la clase obrera se ocupaban los PP. Salesianos.

En todo caso, Baracaldo, y en general toda la margen izquierda, vivió «atrapada» por la dinámica de estas grandes empresas. Su peso político fue muy grande, poniendo y quitando alcaldes e influenciando en las decisiones que se tomaban; sus efectos económicos fueron indispensables para la vida ciudadana del lugar, la poca vida social que no se realizaba en la calle tenía su origen en la responsabilidad social corporativa que estas empresas desarrollaron —financiaban equipos de fútbol, equipos ciclistas, clubs de montaña, etc.—.

No he de repetir que este mundo ha desaparecido, quizá lo ha hecho para recordarnos que nada es lo que parece y que la eternidad sólo es obra de Dios. Altos Hornos dejó tras de sí una huella difícil de superar para la margen izquierda, La Naval es una copia de lo que llegó a tener, la Babcock dirime en estos tiempos su futuro después de mil y una reconversiones y la General es una caricatura de la empresa que fue.

Al viajero que escucha estos datos le vienen a la cabeza varias preguntas, ¿cómo han sobrevivido estas poblaciones a un impacto tan significativo? ¿qué ha pasado con los ciudadanos que ahí vivían? ¿tiene futuro esta comarca? Lo que ocurrió no es muy distinto a lo que hemos podido analizar en estos procesos de desindustrialización; fueron tasas de paro muy altas, un futuro amenazador para las nuevas generaciones, miles de trabajadores prejubilados a una edad inverosímil, la crisis de un modelo de desarrollo económico y la incertidumbre como norma de vida.

Fueron el funcionamiento de las ayudas públicas quienes ayudaron a la ciudadanía de estas poblaciones a sobreponerse del «desastre». Nuevas formas de producción —basadas en la industria de los servicios, del ocio y consumo— aparecen hoy como los sustitutos funcionales de la gran industria. De hecho, el desplazamiento de la estructura productiva es espectacular; se transita de la industria a los servicios, de la estrategia productiva del hierro y los barcos, a la venta de ocio y consumo; ¿podemos

hablar de que ésta margen está transitando desde Altos Hornos a Ikea; desde la Naval a Carrefour o de la Babcock a Leroy-Merlin?

Barakaldo rompe con su etapa anterior, «rompe» de manera obligada y rompe con casi ciento cincuenta años de historia. La década de los noventa había avisado y expuesto a todos los que querían escuchar de que la etapa del Baracaldo industrial, la época de Altos Hornos o de la Naval estaba pasando a mejor vida y de que se estaba enterrando una etapa: ésta había durado algo más de un siglo. Para todos aquellos que quieran recrear lo que la margen izquierda fue, es decir, para todos los que quieran encontrar lo queda del Barakaldo centenario, industrial, hay que decirles: tengan prisa, podrán hallarlo «aquí y allá», en los rincones de las calles, o mejor aún, sino lo encuentran vayan a los parques temáticos o revuelvan entre los restos de la arqueología industrial, ahí hallarán las piedras y las máquinas de lo que fue la margen izquierda del Nervion.

Para un hijo de ese pueblo, el paseo por Barakaldo es un sobresalto tras otro: uno cree que va a encontrarse con los viejos sonidos de la infancia; la sirena de la fábrica, los partidos de fútbol en la calle o que van aparecer detrás de cada esquina las reliquias del pasado industrial y lo que ve es una transformación urbana que ha «liquidado» por derribo viejos hitos de la estructura urbana baracaldesa; la «Plaza de Abajo», por ejemplo, se ha transformado en una intervención urbanística que ha construido cientos de piso de calidad dentro de un plan que quiere recuperar la margen derecha del río Galindo, —aunque la reconstrucción medio ambiental del lecho del río sea una misión ciclópea, hoy por hoy imposible ya que los casi cien años de vertidos tóxicos lo dificultan sobremanera— y que se extiende más allá de lo que cualquiera hubiera podido imaginar.

Uno comenta con los amigos que le acompañan, ¿qué queda del Baracaldo industrial? Queda la añoranza de un mundo que se ha ido, pero también la esperanza de una población que ha sabido contraponerse a los infortunios de la crisis y que ha hecho de la esperanza virtud y del futuro una profesión de fe en sus posibilidades, queda la pugna por mantener la tradición allá donde triunfa la modernidad; queda la ilusión por no dejarse sepultar por los parques temáticos, aunque bien es verdad que las ruinas industriales y el urbanismo defensivo nos retrotrae una vez más, como hemos ido viendo a lo largo de nuestro paseo, al pasado de una sociedad industrial que ya no puede recrearse en la industria y desde la industria, pero donde la industria ha depositado su huella indeleble. Barakaldo se empeña y seguramente se empeñará en erigir un futuro sin depender de su tradición industrial y de su reciente historia, pero no puede desprenderse ni de la una ni de la otra.

7. *Las colinas de Sestao*

Abandonamos Barakaldo sorprendidos por lo que hemos visto y por lo que nuestra imaginación nos ha dejado intuir y nos dirigimos al pueblo vecino, Sestao. Entramos en este municipio por el barrio de Simondrogas. Es este enclave una auténtica conmemoración al ghetto urbano. Es un viejo enclave obrero —en él nació, como se apresuró a recordarnos un vecino, Panizo (futbolista del Athletic de Bilbao y vieja gloria de una manera de hacer las cosas que hoy no entenderíamos)—. Hoy es un barrio desgastado por su uso, viejo bastión de un urbanismo imposible, recogido al final de una cuesta, pegado al río y seducido por una historia que ya ha pasado delante de su puerta y que le ha abandonado a su suerte. Está, casi en su totalidad, ocupado por miembros de la etnia gitana que han hecho de él su morada y su bastión, seguramente a la espera de que alguien decida que hacer con Simondrogas.

Un calle en cuesta nos lleva en unos centenares de metros a la calle Rivas —colindante con las extintas instalaciones de Altos Hornos de Vizcaya—. Uno de los hornos altos se mantiene en pie como recuerdo de lo que fue y ya no es, como si la arqueología de la era industrial se hubiera apropiado de un espacio que antes fue pero que ya no es; oficio difícil el de arqueólogo ocupados como están en revivir aquello que está muerto. En esta calle por la que andamos trajinaban los trabajadores de la siderurgia antes de entrar al tajo. Vieja morada de esa clase industrial, hoy es el hogar de aquellos que no pueden moverse porque no tienen recursos para ello o de aquellos otros a los que su nomadismo les impide fijar residencia. Ocupadas sus viviendas, al igual que las de la calle contigua Chávarri, por una población mayoritariamente gitana, es como si el tiempo se hubiera parado a las puertas de estas calles.

Sus moradores se asoman a las ventanas y miran para ver que lo que antes era ya no es. Lo que ven es un solar abandonado u ocupado por la acería que por no echar no echa ni humo. Ya no hay sirenas, ni ruidos procedente del interior de la fábrica. La fábrica ya no es, pero la calle sí y ellos siguen ocupando un lugar intermedio. Me preguntan, ¿qué lugar tienen en la estructura social de la margen izquierda, los residentes de esta zona de Sestao? No tengo una respuesta clara para esta cuestión, quizá no hace falta buscarla porque el tiempo da y quita, indica y desaconseja.

El edificio cerrado de la antigua Escuela de Aprendices de Altos Hornos de Vizcaya nos trae a la memoria otras fechas, otros datos y otros usos, pero también ella está cerrada y la mugre del entorno se ha apoderado de sus paredes. Es como si entre el desierto que queda después de la

desaparición de esta empresa y el espacio urbano colindante se hubiera decretado un edicto de simetría.

Caminando por la acera de esta calle llegamos al cruce de la Iberia. No puedo menos de recordar aquellos dos obreros que penosamente subían esta cuesta en el cuadro homónimo de A. Arteta, ¡qué lejos queda todo esto! Mientras tanto, Sestao desciende vertiginosamente hacia la dársena de la Benedicta y anexa a ella al final de esta cuesta lo que fue, una vez más, Altos Hornos de Vizcaya.

Es Sestao un pueblo de cuestas, del que no me explico cómo no han salido generaciones de atletas. Nunca una colina ha dado tanto juego a la planificación urbana; pero es ésta una población que sabe lo que es trabajarse el futuro, lo que es el sufrimiento y, al igual que Baracaldo, sabe lo que es sobrevivir.

La margen izquierda desprende austeridad y fortaleza, ese es su secreto. No busquen aquellos que se acercan a sus aceras sofisticación en sus residentes. La calle es un fiel reflejo de esto. Es muy difícil encontrar en su urbanismo monumentos o recuerdos de su pasado glorioso y no porque no lo haya tenido, pero las batallas de este municipio son de otra calidad, sus monumentos no están recogidos en parques temáticos al uso. Pase usted de esas cosas y transite por sus calles, hable con sus gentes y descubra el pluralismo, la tolerancia y la dignidad.

El descenso por la cuesta de La Iberia trae a la memoria la dureza de otras vidas, pero cuando termina el descenso y llegamos a la ensenada encontramos un panorama que rompe con los pensamientos más duros y siniestros. La dársena de la Benedicta se abre y nos deja ver la desembocadura de la ría del Nervión.

La ría que hemos seguido en muchos de sus tramos baja para confundirse con el mar. Sestao se acaba aquí, junto a la ría, para dar paso a Portugalete. Su puente colgante es el broche de oro de la ría. Su forma se asemeja a un arco que nos recuerda cuál es la frontera; donde empieza y donde termina el mar; donde la ría se hace mar y el mar se hace ría. Son momentos de confusión donde la historia se confunde con el mito y las márgenes se reencuentran en un juego sin fin donde nada es lo que parece y donde la ría mece a todos en su encuentro con el mar.

Portugalete despliega ante nuestros ojos sus encantos de villa elegante; la iglesia de Santa María, la torre de los Salazar, el palacio de los Chávarri, son visiones de un pasado que está aquí, aunque para estar el pasado haya tenido que pagar un precio elevado. La iglesia centenaria se ha

modernizado; la torre militar se ha transformado en un edificio de servicios y en el palacio de los Chávarri ya no viven los Chávarri, aquellos potentados que hicieron del riesgo y del juego de poder su vida, lo que les permitió fundar industrias —entre otras, Altos Hornos—; representar en el Parlamento de Madrid sus intereses económicos, definirse como liberales o conservadores dependiendo del juego de los aranceles y definir, en gran parte, el modelo de desarrollo económico vizcaíno y español. Desde su palacio en Portugalete dirigían sus operaciones mercantiles e industriales, veían el movimiento de los barcos y cómo salía el humo de sus fábricas.

8. *Al encuentro del mar*

El recientemente restaurado hotel nos recuerda la historia de este enclave y lo que Portugalete fue; el lugar de encuentro de las clases pudientes del lugar que antes de colonizar Las Arenas y crear Neguri encontraron aquí el espacio «natural» de convivencia. Otra cosa es que hoy en día el municipio atrapado por el crecimiento desmesurado de la década de los cincuenta y sesenta, se haya transformado en uno de los pueblos con mayor densidad del Estado. Hay claramente dos Portugalete; la parte de abajo que corre paralela a la ría y representa a su tradición histórica y la zona alta; el

BADOSA,
«Reflejos Macroestructuras-2»
(Hacia el encuentro con el mar
tras el Puente de Bizkaia),
1974, 73 × 92, óleo sobre lienzo.



Ensanche, que ha trepado por la colina ganando espacio urbano allí donde no había sino campas, penetrando en Sestao y descolgándose hasta casi llegar a Ortuella.

El camino transita por el paseo que sobre la ría pasa debajo del puente colgante y se dirige hacia la Escuela de Náutica, lugar donde se han formado nuestros marinos mercantes, y mira ya hacia el puerto y al pueblo de Santurce. Es éste un paseo popular por el que transita la ciudadanía de ambos municipios. Caminamos por el resultado de una de las mayores obras de ingeniería civil de su tiempo; el encauzamiento de la ría del Nervión, que trajo fortuna y seguridad a los comerciantes y marinos que por ella transitaban. Es la obra del recordado D. Evaristo Churruca.

El camino se acerca ya a su final, Santurce se abre ante nosotros enseñando su cara más preclara; la de la nostalgia. Fue puerto mariner, pero los servicios portuarios tan cercanos a él y la crisis de vocaciones acabó con él. Hoy es una miniatura que casi no cabe ni en las guías que recuerdan su existencia. Es Santurce, paradójicamente, un pueblo dominado por su vocación portuaria, con un abigarrado urbanismo que se refugia en ser, a la vez, sede industrial y lugar de servicios, pero que, al igual que hemos presenciado en otros municipios de nuestro recorrido, está atrapado por la inercia de su historia, por querer hacer más de lo que se podía hacer; por haber entendido que el urbanismo en otros tiempos era «cuestión secundaria» del que no había que preocuparse y que la ciudad no era sino la pugna natural de los individuos con su entorno. Pueblo de poco espacio, tan metido en su centralidad y con tan poca reserva de suelo urbano, ha querido resolver su propio proceso de transformación urbana a través de estrategias defensivas. Ha mejorado infraestructuras, ha limpiado sus calles, ha edificado en todos los rincones del municipio y hoy está atrapada entre un pasado que la constriñe y un futuro que deberá ser más o menos una proyección del presente.

Conclusión

El viaje se termina. Hemos asistido fascinados a un paseo por el pasado, por el presente y por el futuro. Hemos sido testigos de un proceso de transformación urbana, muy condicionado por el pasado, que hunde sus raíces en una concepción defensiva sobre cómo actuar sobre los enclaves urbanos. Pero hoy es la margen izquierda una tierra de contrastes y de fragmentos, donde empresas, fábricas, desorden urbano, desarrollos urbanos avanzados, sociedades civiles organizadas y nostalgias del pasado, conviven en una extraña mezcla donde todo es lo que parece y todo niega a las apariencias.